



ESTRELLA.

Fenelon, hombre de gran talento y de virtud sublime y pura, era tan bueno como grande. Ocupado siempre en trabajos serios, no tenia otra distraccion que el paseo, y aún aprovechaba estos ratos para hacer obras de beneficencia. Sentábase en la yerba entre los trabajadores del campo y conversaba con ellos; entraba en las cabañas y recibia con placer cuanto le ofrecia su sencillez hospitalaria.

Al caer la tarde en el verano de 1701, paseaba lentamente por un camino solitario en las inmediaciones de Cambray, aunque algun tanto separado de la ciudad. Era alto y delgado, pero lleno de nobleza y dignidad; su pálido rostro y meditabundos ojos revelaban la apacible tranquilidad del alma. Después de largo rato de paseo sin encontrar persona alguna, al atravesar una senda vió un niño apoyado en el tronco de un árbol llorando amargamente. Al llegar á aquel sitio se detuvo el eclesiástico, y preguntó:

—¿Qué tienes, querido niño? ¿Por qué te afliges de esa manera?

—¡Ah, señor! ¡He perdido á Estrella; la he perdido para siempre!

—¿Y quién es Estrella, querido? ¿Es acaso tu hermana?

—¡Oh, no, señor! Es una vaca, la única vaca de mi pobre madre. La habíamos comprado hace tres años, cuando era muy jóven. Yo le daba el pienso y la cuidaba, y ella correspondia haciéndome mil caricias. Me seguia siempre, respetable señor, y cuando queria ponerle la red blanca sobre la frente, bajaba dócilmente la cabeza. ¡Qué hermosa estaba con la red! Como era enteramente negra, brillaba la red blanca en su frente. ¡Por eso la llamábamos Estrella!

El eclesiástico, no pudiendo apenas contener la risa, le interrumpió:

—¿Pero no refieres cómo has perdido la vaca?

—¡Ah, señor! al ir á ordeñarla no la he encontrado mi madre en el campo, y la hemos buscado en vano toda la mañana. Mi madre cree que la han robado.

Diciendo esto empezó á llorar de nuevo el niño.

— Enséñame el camino de la casa donde habita tu madre, le dijo el eclesiástico.

El niño, que era obediente, le acompañó al instante hasta una humilde, pero aseada casita, en medio del campo. Dentro encontraron hilando á la buena Antonia. El eclesiástico se enteró de que era viuda y dueña de aquella pobre posesion, donde vivia con su hijo.

El principal medio de subsistencia consistia en la vaca, cuya pérdida lloraba Luis amargamente, y á pesar de tanta pobreza, concurría éste á la escuela.

— Por fuerza han debido robar el animal, decia la mujer; pues de otro modo no se hubiera separado de estos alrededores. ¡Nos queria demasiado para que nos abandonase!

— Cierto que sí, madre mia, decia Luis; no lo hubiera hecho aun estando suelta.

— ¿Cuánto vale una vaca? dijo el eclesiástico.

— La semana pasada me ofrecieron por la mia treinta y seis duros, y no quise venderla.

— Pues bien, hágame V. el obsequio de recibir estos mil reales para comprar otra en el mercado próximo.

La pobre viuda, llena de sorpresa y gratitud, no acertaba á proferir una sola palabra, y apenas pudo dar gracias á su bienhechor cuando este se despidió.

Para disfrutar de la belleza de la tarde, prolongó su paseo el eclesiástico luego de separarse de la casita.

Al cabo de un rato, al resplandor del crepúsculo de las benignas noches de Julio, vió un bulto negro que se le aproximaba. Cuando estuvo cerca distinguió que era una vaca con una red blanca en la frente. El pobre animal

estaba cansado, y dió un lastimero berrido siguiendo su camino. ¡Quién pudiera creer que no fuese Estrella! No lo dudó un momento el eclesiástico, y tomando el cabestro de la vaca quiso llevarla él mismo á la pobre viuda para contemplar el gozo de Luis al ver á su animal querido.

El dócil animal siguió al eclesiástico hasta llegar á la puerta de la choza, donde hicieron alto.

Como la tarde era calurosa, estaban abiertas las ventanas, y desde fuera veia cenar á la viuda y su hijo. Luis estaba sentado precisamente frente á la ventana, y por esta razon oyó distintamente el eclesiástico las siguientes palabras:

— Sí, madre mia, rogaré mañana y tarde por el buen señor; pero aunque tengamos otra vaca, sabe V. bien, madre, que no será nuestra Estrella.

En esto llevó el muchacho las manos á los ojos para limpiar las lágrimas que corrian por sus mejillas.

Dió entónces un berrido la vaca, y al oirlo Luis, corre á la puerta. ¡Oh! ¡y qué dicha experimentó en aquel momento!

Nuestros inocentes lectores pueden imaginarse el gozo con que apretaba entre sus brazos el cuello de Estrella y besaba la red de la frente, mientras que el animal manifestaba á su modo su contento.

El bondadoso eclesiástico complacíase en presenciar aquella escena, y sentóse luego un rato á conversar con la viuda.

Quando se despidió no sabian cómo manifestarle su reconocimiento madre é hijo, quienes le suplicaron recibiese el dinero que les habia entregado, pues que habiendo encontrado á Estrella, no les pertenecía.

—Guardadlo, buena mujer, replicó el eclesiástico; quizá pueda servir para la educación de Luis. Adios: el Señor os bendiga. Acaso vuelva á veros otra vez.

Y sin querer decir su nombre ni permitir que le acompañase el muchacho,

salió de la casa hácia la ciudad. Madre é hijo rogaron á Dios desde aquel día por el bondadoso arzobispo de Cambray, cuyo nombre descubrieron bien pronto, y que costeó á Luis una brillante educación.

EL NIÑO REVOLTOSO.



¿Sabeis lo que es un niño revoltoso?

¿Conoceis á Enrique García, que solo piensa en correr y jugar por las calles, en vez de ir á la escuela?

Pues ese es un chico revoltoso. Insulta á las niñas que pasan por junto á él; tira piedras á los gatos y á las gallinas, y maltrata á los perros que no le hacen ningun mal.

Asalta los jardines para robar fruta; y siempre está pronunciando palabras que están muy mal en sus labios.

Cuando vé á un niño que vá á la

escuela, quiere llevárselo para jugar y que no cumpla con su deber.

Afortunadamente, los niños rehusan acompañarle. Siempre está súcio, desgarrado y estropeado, y se entretiene en pintarse bigotes.

Nadie le quiere, y ningun niño es su amigo.

Quizás al fin comprenderá que nadie le quiere por lo malo que es, y se corregirá.

Me alegraría por él, que es un niño desgraciado; pues demasiada desgracia es ser malo.

LAS DOS NIÑAS COMPASIVAS.



Estas niñas han encontrado en el campo á un pobre niño que lloraba como un desesperado. En un ojo se le habia introducido una partícula de carbon, que le incomodaba grandemente, y en un pié se le habia clavado una astilla que le producía dolor agudo. Las dos niñas se han puesto en seguida á librarle de tan grandes incomodidades, mostrando así dulces y compasivos sentimientos.

LAS ESTRELLAS ANIMADAS.

TRADUCCION DE J. ZÁRRAGA.

(CONTINUACION.)

VII

COMO DIOS DESBARATÓ LA CONJURACION
DE LAS ESTRELLAS.

Pedro Simon tomó el partido de oír lo que Jeezab decia y callar.

Jeezab, comprendiendo lo que pasaba en el alma de su jóven amigo, le dijo:

—No tomes en mal sentido mis observaciones; tú ya comprenderás que las horas se pasan, y que no podemos perder tiempo en discursos de teología.

Pedro Simon apretó la mano á Jeezab con un sentimiento de amistad inexplicable.

Jeezab continuó:

—Dios oyó los ruegos del sol, y como habia creado todas las cosas con sabiduría, no quiso que las leyes de la creacion fuesen trastornadas por el capricho de un astro ambicioso.

El Gran Señor del Universo castigó á los rebeldes asignando á cada uno de ellos una parte del cielo, de la que no pudiesen salir y en la cual debian moverse eternamente.

El sol vió crecer su poder y su luz; Mercurio, el ingrato planeta, fué condenado á gravitar al rededor del sol á una distancia de 13.456.246 leguas.

—Esa es una distancia considerable, ¿no es así Jeezab?

—No: Mercurio esta más cerca del sol que de la tierra: y su luz es siete veces más viva que la de la tierra, su ca-

lor más considerable que el de los veranos más fuertes: sus habitantes están constantemente en una temperatura muy ardiente; tú vas á verlo.

—¿Vamos á ir á visitar á Mercurio?

—¿Por qué no? ¿No te fué prometido que veriamos cosas extrañas?

—Es verdad, Jeezab; pero me abrasaré.

—No te abrasarás, como no te has caido ni te pasará nada mientras estés conmigo. Venus, conociendo su crimen, fué á ocultar su pena á 25.144.166 leguas del sol.

Dios no quiso privarla de su belleza, como lo puedes ver; pues es la estrella más hermosa del cielo.

Venus tiene su disco cubierto de manchas, que no son más que altas montañas que jamás podrán ser comparadas con las de la tierra. Tú verás esto, Pedro Simon; tú verás la maravilla de las maravillas, y dirás como yo que Venus es llamada con razon la reina de las estrellas.

En fin, Marte, Céres, Palas, Júpiter, Saturno, Urano y otros muchos, tuvieron cada cual su puesto: nosotros los veremos uno despues de otro lo mismo que á sus satélites.

Este fué el último artículo de la ley celeste; Dios imprimió á todos estos cuerpos movimientos de rotacion, y les condenó á describir círculos eternamente.

—Pero Jeezab, la tierra, siendo un planeta, debió tambien estar convidada á la reunion secreta.

—Sí, dijo Jeozab, la tierra tuvo que sufrir un severo castigo. La tierra habia llevado consigo á todos los cuerpos esféricos que se mueven en su círculo de atracción, y por lo tanto era doblemente culpable: primeramente por haber cedido á las instancias de Venus, y segundo por haber obligado á sus satélites á seguirla.

Dios no quiso que este doble crimen quedara impune, y la tierra fué el planeta que tuvo que sufrir más la cólera del Eterno, como lo vas á ver.

VIII.

DE COMO DIOS CASTIGÓ Á LA TIERRA Y CREÓ LA VIA LÁCTEA.

La tierra, que en esta época estaba más aproximada al sol que ahora, era despues de Venus el cometa más favorecido de Dios.

El cometa Diana, lanzado en el espacio por la cólera de Dios, chocó con la tierra.

Este choque produjo un gran cataclismo.

Durante muchos años la tierra estuvo en ebullicion, pero un dia el poder del Eterno arrojó al pobre planeta á 34 millones de leguas del sol.

Diana perdió en el choque parte de su volúmen, que voló hecha pedazos y produjo lo que los sábios llaman aerolitos, uranolitos y meteoritos.

La presencia de Diana es el signo precursor de catástrofes, lleva tras de sí la guerra, el incendio, la inundacion y la peste, y como al judío de la leyenda Dios le dijo: «Marcha ¡Marcha! y sé maldita.»

Habia millones de estrellas cogidas en el lazo por las vanas promesas de Venus. Dios las cogió con su poderosa mano, y á ejemplo del labrador,

fué sembrando puñados de estrellas hasta que llegó á su celeste morada. Este camino así formado se llama la via láctea.

Este es tambien el camino que recorren las almas de los justos para ir al cielo.

—Pero, dijo Pedro Simon, la Mitología dice que son gotas de leche de la nodriza de Júpiter las cuales formaron la via láctea.

El génio le contestó:—La fábula, es la fábula, y la verdad es lo que yo te digo.

IX.

EL COMETA DE NEWTON.

—Ahora, dijo el génio, vamos á ir á visitar á Mercurio, pues tengo que ver á una Ondina muy amable, á la que te presentaré.

—¿Y qué es una Ondina?

—Es el génio que preside al nacimiento de las aguas y de los bosques; para que lo comprendas mejor, te diré que ella llena en el infinito el mismo papel que un inspector de aguas y montes.

La sola diferencia que existe entre una Ondina y un inspector, es que la Ondina habita en el agua y el inspector prefiere el zumo de la parra.

Ahora que ya sabes lo que es una Ondina, vamos á ir á ver á Mercurio.

—Pero Jeozab, el dia debe estar ya cerca.

—No temas, yo tengo las horas á mi servicio y cuando necesito de ellas las hago elásticas.

—Gracias, Jeozab.

—Como te he dicho, en Mercurio hace mucho calor; deja parte de tus vestidos sobre esta nube, y nosotros los recogeremos á la vuelta.

—¿Tenemos mucho camino que andar?

—¡Oh! poco; treinta millones de leguas,

—¿Y á esto llamas poco?

—Es que yo tengo á mi disposicion medios de locomocion desconocidos de los hombres. Pero... aquí llega nuestro corcel.

—Pero, qué, ¿este globo de fuego nos vá á conducir á Mercurio?

—Sí, Pedro Simon; este es el cometa por quien Newton ha hecho tantas cifras.

Y diciendo esto, los dos partieron á través de los aires. El niño, aturdido, cerró los ojos y no los abrió hasta que se sintió en tierra firme.

X.

DONDE PEDRO SIMON TOMA UN BAÑO DE AGUA CALIENTE Y SE REFRIGERA CON UNA MANZANA COCIDA.

Cuando abrió los ojos Pedro Simon, se encontró al lado de un arroyo en ebullicion que le hizo exclamar:

—¿Esto es agua caliente?

—Sí, respondió el génio, ya te puedes quitar los zapatos, porque vamos á atravesarle.

—Me voy á abrasar.

—Nada temas, tú saldrás sano y salvo de este arroyo.

Pedro Simon se quitó los zapatos, metió el brazo en el arroyo, y sacó su mano llena de arena oro, entre la que se veian amatistas, topacios, rubies y diamantes. El niño llenó sus bolsillos, prometiendo regalárselas á su madre á su vuelta á la tierra.

Cuando hubieron atravesado el arroyo, Pedro Simon dijo que tenia mucha sed.

Entonces Jezab cogió una rama cargada de frutos que habia en un árbol cercano. Dió uno al niño, que despues de probarle dijo:

—Jezab, lo que me habeis dado son manzanas cocidas.

Jezab se echó á reir. Señaló al niño un árbol y le dijo:

—Avancemos dulcemente y podremos escuchar lo que allí sucede.

(Se continuará.)

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

La sentida y tierna oracion que publicamos hoy, enriqueciendo con ella la preciosa coleccion de autógrafos de nuestros primeros escritores que hemos dado á nuestros suscritores, es de un distinguidísimo poeta, tan desgraciado como digno de admiracion.

Narciso Serra, el más fecundo de los autores cómicos, despues del in-

signe Breton de los Herreros, el más fácil, espontáneo é ingenioso de los poetas, el autor de tantas obras, siempre aplaudidas por el público inteligente, se halla hace diez años postrado en un sillon, paralítico.

La terrible enfermedad que ha privado á su cuerpo de todo movimiento, no ha podido, sin embargo, apagar su

A la Virgen Santísima

A este misero mortal
 que no es de carne, de bronce,
 y que lleva once años, once,
 padeciendo tanto mal,
 A este mortal que oradora
 siempre por todo de linaje,
 volved los ojos
 hacia el, divina Señora,
 fuente de santa virtud
 mi fe es mayor cada día,
 Virgen mía, Virgen mía,
 devolvedme la salud

Narciso Serra

poderosa inteligencia, y todavía el pobre Serra escribe, á pesar de la ingratitud de las empresas de teatros, que tanto le deben, y á pesar de la indiferencia de los gobiernos que no han tenido la generosidad de auxiliarle, honrando en él una gloria nacional.

Desde que está enfermo ha escrito

muchas poesías á la Virgen, algunas de las cuales hemos publicado en Los Niños.

¡Ojalá que la Santísima Virgen le dé la salud, así como le ha dado la resignación bastante para sufrir durante diez años la más terrible enfermedad!

LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS.

VIII.

LOS GLOBOS AEROSTÁTICOS (1).

II.

Después de algunos números en que no he podido, como deseaba, continuar estos estudios, vuelvo hoy, niños queridísimos, á seguir con el de los globos estos articulitos que á los grandes descubrimientos van dedicados.

Vuelvo, pues, hoy, tras de corta ausencia, á departir con vosotros, y vuelvo con el ánimo de escribir para vosotros, del modo que pueda seros más agradable, si es que algo grato puede dar para vuestras inteligencias infantiles mi pobre pluma, de mal templado acero fabricada.

Vísteis ya el principio de los globos: su origen y el fin trágico del primero os fué descrito; y si algo puedo hoy deciros, ha de ser, sin duda alguna, sobre las diversas tentativas que por objeto han tenido dirigir con rumbo cierto esas máquinas aéreas, esos volantes aparatos.

Para vosotros que veis como un vapor marcha directo bajo la dirección del piloto, que observais cuán segura va la locomotora por el férreo camino que la dirige, para vosotros parecerá cosa igualmente fácil y hacedera poder llevar por el inmenso espacio el débil globo de sencilla tela construido.

No lo es, sin embargo; que cuestión distinta es en su esencia, y de resolución mucho más difícil en verdad.

(1) Véase el tomo VI de Los Niños.

¿Será imposible, tal vez, la dirección de los globos?

Guárdeme Dios, queridos lectores, de proferir tal cosa; exponíame con ello á sufrir la derrota que el sábio Lalaude experimentó con el invento de los hermanos Montgolfiers.

Cuál fué ésta os diré, ya que cronista de hechos pasados vengo á ser para vosotros.

Habia dicho aquel sábio que era imposible la navegacion aérea; habíalo dicho, y apenas trascurrido un año, subió por los aires el primer globo.

¿Cómo, pues, tras de tal enseñanza, quereis que os diga ser imposible la navegacion aérea, con rumbo cierto, con dirección segura?

No haré yo tal; tanto más, cuanto que profeso la idea de que es, aunque no fácil, posible y realizable.

Es necesario, después de esto, explicaros este asunto. Voy á procurar hacerlo de un modo para vosotros comprensible.

Entre vuestros juguetes teneis un lindo vapor: es precioso y de mil bellos colores está pintado. Teneis algo más; entre ellos diviso un ligero ferrocarril y un globito de esos que en las ferias comprais y que se elevan por el aire.

Soy niño, como vosotros, en este momento, y os invito, por lo tanto, á jugar un ratito.

—¡Jugar contigo! direis.

—¿Por qué no, niños amados, si os quiero bien, y al juego os convidó? Vaya, os dirigiré nuestro infantil en-

tretenimiento. Un vapor, un ferro-carri, un globo: tenemos tres magníficos medios de pasear. Pero los vehículos son excesivamente pequeños: no podemos vosotros y yo pasear en ellos.

—¿Qué hacer?

—El juego consistirá solo en verlos andar: basta esto para que estemos completamente divertidos.

—Juguemos. ¿Pero cómo hacer andar el vapor?

—¡Es verdad! No recordaba que necesitamos un estanque, una vasija que contenga agua.

Tenemos ya el piélago salado; el mar Océano ó Mediterráneo, como queráis.

En vuestro lavabo tenemos una magnífica jofaina llena de agua cristalina.

Ya tenemos en ella á nuestro bajel: á falta de vapor, puede nuestro aliento hacerle andar.

Pero no hemos de hacerle viajar desde luego; para nuestro intento debemos colocarle en el agua y observar.

El vapor no se mueve; está perfectamente quieto.

Tomemos ahora la línea térrea, plantémosla en el suelo, y encima el tren; también se ha quedado completamente tranquilo: no se mueve.

Vamos al globo, que está atado por un hilo, que tenemos que cortar.

Ya está cortado, y debemos colocarlo.

¿Lo quereis hacer vosotros?

Pues os dejo en el encargo: vais á colocarlo en un sitio cualquiera.

¿Está ya?

¿No podeis colocarlo?

Sí, queridos niños, ponedlo sobre aquella butaca; el globo no la perjudicará.

Pero, ¿qué]ha pasado?

Sois unos torpes: el globito ha volado, y toca al techo de la habitacion: nos hemos quedado sin él para jugar.

No le necesitamos: nuestro juego ha llegado al punto en que yo queria terminarlo.

El vapor andará fácilmente: cualquier ligero empuje lo pondrá en movimiento: el tren será también fácilmente puesto en marcha; si tirais de la locomotora, todo él hará un bonito viaje.

¿Y el globo?

El globo ha viajado solo: para nada necesitó de vuestra fuerza. Esto era, queridos lectores, lo que yo queria hacer ver.

La fuerza que hace andar un vapor tiene que vencer solamente la resistencia del agua y la que opone el cuerpo por sí mismo, y otro tanto pudiera decirse de los trenes y demás que conocéis. En los globos no pasa esto: la fuerza que hizo subir al de nuestro juego, hace subir á todos igualmente; y por esto, para impedir su subida y dirigirle á un punto determinado, es preciso una fuerza capaz de contrarestar la que obra sobre el aparato y dirigirlo además según se quiera.

No es esto solo: el globito de nuestro juego subió recto hácia el techo; pero si hubiéseis estado al aire libre, se hubiera seguramente dirigido, aunque elevándose siempre, allí adonde el viento le hubiera impelido.

Hay dos fuerzas que contrarestar: esta es, queridos niños la gran dificultad que ha impedido hasta el día la direccion de los globos.

Ignoro si esto que es algo elevado, ha podido ser para vosotros comprendido, ya que es difícil por sí, aunque se halle desprovisto de su aparato científico.

Creo, sin embargo, que habreis comprendido que para dirigir uno de esos volantes y sencillos cuerpos, es necesario un agente poderoso, más potente tal vez que los que hoy se aplican á la industria para el movimiento de las máquinas.

La cuestion, pues, está expresada en pocas palabras: hace falta una gran fuerza nada más.

No es hoy solo cuando se ha pensado en dirigir los globos, pues muchos experimentos se han hecho ántes de ahora.

Vosotros, queridos niños, no sereis muy aficionados á un paseo aéreo: ¡cuánto miedo tendríais de ir por el aire! lo comprendo por mí mismo.

Y es, sin embargo, probable que podais ver, si de vida contais largos años, cómo llegan los globos á sustituir á los medios de locomocion hoy conocidos.

No tengais miedo: siempre habrá otros medios de viajar.

¿No lo creéis?

Pues no es justa vuestra desconfianza cuando veis en algunas localidades que los pobres asnos sirven aún para la conduccion de personas y cosas.

Volvamos á los globos.

Estos podrán ser dirigidos; más para su direccion son necesarios muchos requisitos, que reunidos resolverán el problema.

Hace muchos años que éste está pendiente; y puede decirse, en buenas vías, desde que el año 1785 Blanchard

y Geffries consiguieron atravesar en globo el canal de la Mancha, de Douvres á Calais. Dos años ántes de esta fecha, Laroisier, el célebre químico, escribió sobre los globos, reduciendo á cuatro puntos los que habian de reunir estos aparatos para alcanzar alguna perfeccion. Eran los siguientes:

Posesion de una tela ligera é impermeable.

Disposicion de un gas ligero y fácil de obtener.

Posibilidad de hacer subir y descender el globo sin pérdida de gas.

Facilidad de dirigir la máquina aérea.

Debo, pues, entrar á considerar estas cuestiones y á reseñaros los más importantes ensayos sobre el asunto realizados. Todo ello es empresa más que larga para que en este articulito pueda ser reseñado; y obliga, por tanto, su importancia á dejarlo para otro número de esta revista.

Y ahora recuerdo una cosa. Dejamos suspenso nuestro juego, y á vuestro globito pegado á las vigas de vuestro aposento: no puedo cogerlo, y es preciso que busqueis para ello una gran escalera. Teneis que buscarla, ¿no es verdad?

Entónces, como yo no puedo esperar, os dejo en el encargo de recuperar vuestra volante esfera: algun trabajo os habia de costar poder enteraros de las mil cuestiones que abarca este invento.

No me deis gracias por el obsequio

E. THULLIER.



SAN JOSÉ, ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA.

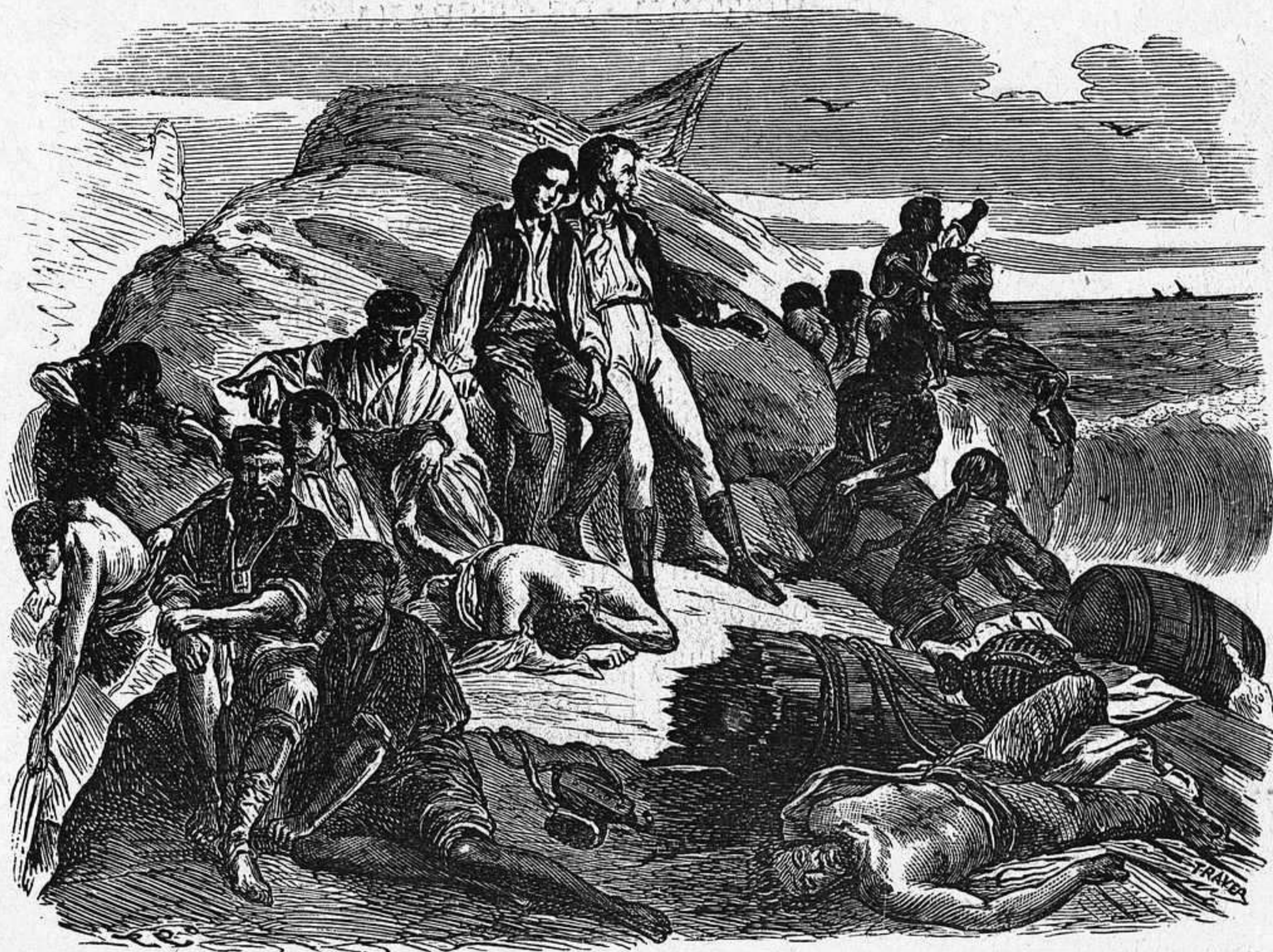
Como hay entre nuestros suscritores muchos que llevan el nombre gloriosísimo del Santo Patriarca, hemos creído complacerles dándoles en este número, que se publica el día siguiente al de su santo, la imagen de éste.

San José es el más perfecto modelo de la humildad, de la caridad y de todas las virtudes cristianas. ¡Dichosos los niños que, inspirándose en estas santas virtudes, imiten el ejemplo de aquel que mereció ser elegido por Dios para esposo de la bendita madre del Salvador del mundo!

LOS GRANDES ARTISTAS.

El Sr. D. Francisco Sans, autor del cuadro cuya reproducción publicamos hoy, es uno de los artistas de verdadero génio con que se honra el arte contemporáneo español. Es natural de Barcelona, y aunque desde muy niño mostró extraordinaria afición á la pintura, puede decirse que no se consagró

á ella hasta una edad en que no suelen muchos hombres sujetarse á las lecciones de una Academia ó un profesor. Su vocacion triunfó al cabo de su misma conveniencia, y trasladándose á París, completó su educacion artística bajo la inteligente direccion de M. Couture. Muestra de sus adelantos fueron las



UN EPISODIO DEL COMBATE DE TRAFALGAR.

obras que remitió á la Exposicion Nacional de Bellas Artes de 1858, y muy especialmente el *Prometeo*. No contribuyó ménos á fijar su mérito el lienzo que tituló *Libertad é Independencia*; brillante alegoría del levantamiento de Cádiz contra los franceses en 1812. El *Episodio del combate de Trafalgar* que damos á conocer hoy á nuestros tiernos lectores, representa el momento en que la tripulacion del *Neptuno* se aferra á unos peñascos y debe su salvacion á los mismos, despues del glorioso desastre

de la Armada Española. Este lienzo, por el que obtuvo el Sr. Sans una medalla de segunda clase, es de los más bellos que ha producido su pincel.

Son tambien obras de este artista: *Lutero*, premiada con medalla de tercera clase; *Fin del Carnaval de París*; *Hernan Cortés quemando las naves*; *El general Prim atravesando las trincheras de los marroquíes en la batalla de Tetuan*; *La muerte de Churruca*, y otras muchísimas que en este momento no recordamos.

O. y B.

LA HISTORIA DE ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

XVI.

DOMINACION VISIGODA.

Teudiselo, Ajila y Atanagildo, fueron los reyes que con varia fortuna rigieron despues de Teudis los destinos de la nacion visigoda. Sucedió al último Liuva I.

No debe extrañar el lector que indistintamente usemos de la voz *godos* y *visigodos*. Nos referimos siempre á unas mismas gentes. Cuando la irrupcion de bárbaros del Norte, los godos, que permanecieron en Oriente, fueron llamados *ostrogodos* ó godos orientales, y los que pasaron á ocupar el Occidente quedaron conocidos con el de *visigodos* ó godos occidentales. De estos últimos salieron las tribus que se apoderaron de España, donde fundaron el imperio de que nos estamos ocupando. Los ostrogodos se extendieron por Italia.

No habian estado de acuerdo todos los godos en la eleccion de Liuva I; pero creyeron al fin que era el más apropósito para gobernar el imperio. Liuva asoció á la corona, en el segundo año, á su hermano Leovigildo, encomendando á éste las provincias que le estaban sujetas en España, y se retiró á la Galia gótica para preservar aquel país de las invasiones de los francos. Falleció en el año 570.

Quedando Leovigildo en el trono, quiso seguir las ideas de su predecesor, asociando á la corona á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Era Hermenegildo el primogénito, y por consejo de la reina su madre, se casó con Ingun-

da, y fueron á establecer su corte en Sevilla. La alegría de este matrimonio fué, no obstante, de escasa duracion; pues Hermenegildo se hizo católico á ruegos de su esposa, y Leovigildo; obstinado arriano, se incomodó sobre manera. El jóven príncipe, que contaba con muchos amigos y partidarios, no quiso abjurar su nueva religion, que creia única y verdadera, y con este motivo comenzó á enemistarse con él su padre. Pronto las desavenencias tomaron mayores proporciones y fué despojado Hermenegildo del uso de las insignias imperiales y enviado preso á Toledo. No tardó el rey en tratar con mucha aspereza á los obispos y eclesiásticos, inauguró luego una persecucion contra todos los católicos, á quienes acusaba de tener inteligencia con los reyes de los suevos y de los francos, y por fin la guerra estalló entre padre é hijo, causando el mayor dolor á todos los pueblos.

Tan lastimosas discordias civiles animaron á los pueblos de Alava, de Navarra y del territorio de Jaca, á levantar el estandarte de la rebelion. Esto es lo que suele suceder siempre que hay desavenencias en la corte. Leovigildo corrió contra los rebeldes, los derrotó y se apoderó de sus pueblos, edificando en el centro de Alava, para memoria de su triunfo, la ciudad, á que se dió el nombre de Vitoria, que todavía conserva.

Entre tanto, atemorizado Hermenegildo, huía de Toledo, se refugiaba en Andalucía, se hacia fuerte en Córdoba por si su padre venia á atacarle,

y pedia, en fin, al emperador de Oriente que le enviase socorros. Pero ántes que llegasen estos, Leovigildo puso sitio á la ciudad, se apoderó de ella y obligó á su hijo á que se echase á sus piés y le pidiese perdon. Implórolo en efecto Hermenegildo del anciano rey, pero no pudo evitar que le enviase desterrado á Valencia.

El partido católico ya era entónces el más numeroso de España, y quiso nombrar su jefe á Hermenegildo, en quien veian un jóven pundonoroso y valiente.

Los socorros de los griegos imperiales ó del Oriente le llegan por fin, y olvidándose de que su padre le habia ya perdonado, enarbola la bandera de su ejército, y se pone al frente. Tan pronto como Leovigildo lo sabe, monta á caballo, conduce sus tropas contra su hijo, le alcanza cerca de Valencia, le hace prisionero y le encierra en Tarragona.

El rey de los godos ya no quiere tolerar por más tiempo que su hijo Hermenegildo sea católico; le pide que se vuelva arriano, le envia diversos obispos para que lo consigan, pero en balde. Hermenegildo no quiere dejar su religion, que es tambien la de su esposa; rechaza los mensajes del rey su padre, y le envia á decir que prefiere mil veces morir ántes que ser arriano. Leovigildo se enfurece, y en medio de su cólera, dá la órden fatal; penetran sus soldados en la cárcel, y de un hachazo le cortan la cabeza, anticipando de este modo á Hermenegildo el reino en que se le venera como santo.

Pero con este martirio no cesaron los disturbios ni las guerras. Leovi-

gildo tuvo que guerrear todavia con los suevos; entró en Galicia, destronó á su rey é incorporó aquel reino á su corona, muriendo en el año 587, á los diez y seis de su reinado.

Sucedióle en el trono su hijo Recaredo, quien, llevado de los impulsos de su corazon, abjuró el arrianismo, aceptando la religion católica, en que le habia instruido San Leandro, arzobispo de Sevilla. Siguióle en tan plausible determinacion gran parte de sus súbditos, y si bien se rebelaron algunos, al fin se consolidó la paz, influyendo mucho el tercer concilio de Toledo. Solo catorce años reinó Recaredo I.

Liuva II, hijo suyo, que le sucedió en el trono en 601, hubiera reinado acaso con el beneplácito de todos, á no haberse sublevado el general Viterico; que es de uso corriente en España en todos tiempos sublevarse los que debieran estar más sumisos ó debieran dar mejor ejemplo de obediencia. Peroció aquel jóven monarca asesinado, pero Viterico no gozó tampoco del fruto de su crimen; pues á la vez fué asesinado por los descontentos, que arrastraron su cadáver por las calles y plazas de Toledo en el año 610.

Aclamaron los godos á Gundemaro; pero este caudillo falleció muy pronto, no consolándose los españoles de su pérdida hasta que vieron que su sucesor, Sisebuto, era un rey humano, generoso y guerrero al par que protector de las ciencias. Mandó construir buques; moralizó las tropas, y hasta obligó á los judios á que se bautizasen, si bien muchos prefirieron emigrar de España.

FLORENCIO JANER.

LA GUERRA.



Estos niños están jugando á la guerra.

Si pudieran comprender la importancia y trascendencia de los desastres que causa ahora la guerra entre los españoles, se librarian bien de parodiar semejante lucha, que horroriza á la humanidad.

Niños inocentes, elegid otros juegos, no os aficionéis de ningun modo al de la guerra, y Dios quiera que en vuestra edad madura no paseis por el dolor y la vergüenza de presenciar otra guerra entre los españoles.

MONOS Y HOMBRES.

(FÁBULA.)

«Yo por seguro tengo
(dijole á Blas Manuel)
que el mono es hoy lo mismo
que ántes el hombre fué

«Piedras cual hombre tira,
y es muy frecuente en él,
reñir á garrotazos
mejor que un montañés»

Blas dijo: «Reconozco
al mono su saber;

opino, sin embargo,
no como piensa usted,

«Hay en humano traje
irracional cruel,
que agarra piedra y palo
sin qué ni para qué.

«Bicho de tal ralea
debe sin duda ser,
orangutan exento
de andar en cuatro piés»

J. E. HARTZENBUSCH